

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

Creación de dos magistraturas nuevas; la pretura y la edilidad curul. — Peste en que muere Furio Camilo. — Establécense los primeros juegos escénicos. — Citación de L. Manlio ante el pueblo. — Sacrificio de Curcio. — Combate singular de T. Manlio. — Creación de las tribus Pontina y Publilia. — Condena- ción de Licinio Stolón. — Combate singular de M. Valerio en el lago de Corvo. — Nombramiento para el consulado. — Alianza con los cartagineses. — Petición de socorro contra los samnitas por parte de los campanios: entrega de su ciudad y tierras al pueblo romano. — Peligro del ejército mandado por A. Cornelio. — Hecho heroico del tribuno militar P. Decio Mus. — Conspiración de los soldados romanos que guarnecían á Capua: su desertión; su vuelta á la disciplina por esfuerzos de M. Valerio Corvo. — Guerras contra los hérnicos, tiburtinos, privernatos, tarquinios, samnitas y volscos.

Este año se distinguirá por el consulado de un hombre nuevo (1); por el establecimiento de dos magistra- (1) Los romanos llamaban *hombre nuevo* á aquel de quien ningún antepasado había desempeñado magistratura curul, así denominadas porque daban derecho á hacerse llevar en silla de marfil y sentarse en ella en las asambleas públicas. A los

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

Creación de dos magistraturas nuevas; la pretura y la edilidad curul. — Peste en que muere Furio Camilo. — Establécense los primeros juegos escénicos. — Citación de L. Manlio ante el pueblo. — Sacrificio de Curcio. — Combate singular de T. Manlio. — Creación de las tribus Pontina y Publilia. — Condena- ción de Licinio Stolón. — Combate singular de M. Valerio: su título de Corvo; su nombramiento para el consulado. — Alianza con los cartagineses. — Petición de socorro contra los samnitas por parte de los campanios: entrega de su ciudad y tierras al pueblo romano. — Peligro del ejército mandado por A. Cornelio. — Hecho heroico del tribuno militar P. Decio Mus. — Conspiración de los soldados romanos que guarnecían á Capua: su desertión; su vuelta á la disciplina por esfuerzos de M. Valerio Corvo. — Guerras contra los hérnicos, tiburtinos, privernatos, tarquinios, samnitas y volscos.

Este año se distinguirá por el consulado de un hombre nuevo (1); por el establecimiento de dos magistra-

(1) Los romanos llamaban *hombre nuevo* á aquel de quien ningún antepasado había desempeñado magistratura curul, así denominadas porque daban derecho á hacerse llevar en silla de marfil y sentarse en ella en las asambleas públicas. A los

turas nuevas, la pretura (1) y la edilidad curul (2). Los patricios reivindicaron estas dignidades como compensación por el consulado cedido al pueblo. El pueblo dió á L. Sextio el consulado que había conquistado, los patricios diéron la pretura á Sp. Furio, hijo de Camilo y descendientes de los que habían desempeñado estos cargos se les consideraba y llamaba nobles, tanto á ellos como á sus hijos y toda su posteridad, formando en Roma lo que se llamaba nobleza. Tenían también el derecho de imágenes; es decir, que exponían en la parte más visible de su casa las imágenes ó retratos de aquellos antepasados que ocuparon las magistraturas, y los hacían llevar en algunas ceremonias públicas, como las exequias de los parientes. Estas magistraturas eran: el consulado, la dictadura, y después la edilidad curul y la pretura.

(1) Las funciones del pretor eran muy importantes, consistiendo en administrar justicia y gobernar la república en ausencia de los cónsules. Tenían silla curul, dos lictores y hasta seis, según Polibio, muchos escribanos y aparitores. Cuando juzgaban, colocaban la espada y la pica al lado de su tribunal. Sin embargo, aunque encargados de la justicia, hasta estando presentes los cónsules, estos magistrados conservaron siempre mucha jurisdicción y en algunas ocasiones reformaron las sentencias del pretor.

(2) Los ediles curules, aunque con rango superior, tenían casi las mismas atribuciones que los ediles plebeyos. Estaban encargados de la policía general de la ciudad; presidían especialmente los grandes juegos, los aprovisionamientos de la ciudad y de los ejércitos, y también las representaciones escénicas, lo que les hacía censores de la literatura. Cuando regresaban de una expedición los jefes militares, daban cuenta á los censores del dinero acuñado, al pretor, de los prisioneros de guerra, y á los ediles curules, de los granos y provisiones cogidas al enemigo.

Parece que además de estas atribuciones gozaban también de altas funciones judiciales en materia criminal, porque al edil curul Fabio se denunciaron los envenenamientos cometidos por las matronas. Los ediles curules estaban encargados del conocimiento de los delitos atentatorios á la castidad de las jóvenes y de las mujeres nacidas libres.

La elección de los ediles curules precedía á la de los plebeyos, que se hacía inmediatamente después.

la edilidad á Cn. Quincio Capitolino y á P. Cornelio Escipión, tres individuos de su orden, que hicieron nombrar por la influencia de las tribus campesinas. Dióse á L. Sextio un colega patricio, L. Emilio Mamercino. A principios del año agitaron los espíritus el rumor de que los galos, dispersos en la Apulia, se habían reunido, y la noticia de una defección de los hérnicos; y como de intento se aplazaba todo acuerdo, para que el cónsul plebeyo no tuviese ocasión de obrar, sobrevino paralización de todos los negocios como en los días en que ésta se decretaba. Solamente los tribunos no pudieron soportar en silencio que la nobleza hubiese recibido por un cónsul plebeyo tres magistrados patricios, sentándose en silla curul y vestidos con la pretexta, de la misma manera que los cónsules; sin contar el pretor, que administraba la justicia y era colega de los cónsules, nombrado bajo los mismos auspicios; de manera que el Senado se avergonzó de exigir que los ediles curules se nombrasen también de entre los patricios. Al principio se convino en nombrarles de dos en dos años de entre el pueblo; más adelante se dejó libre la elección. Algun tiempo después, bajo el consulado de L. Genucio y de Q. Servilio, mientras permanecían en calma sediciones y guerras, no pudiendo estar exenta por mucho tiempo Roma de alarmas y peligros, desarrollóse mortífera peste. Dícese que sucumbieron un censor, un edil curul y tres tribunos del pueblo, y entre los ciudadanos estuvo en igual proporción la mortandad. Pero lo que hizo memorable esta peste fué el fallecimiento de M. Furio, que no por la avanzada edad de la víctima fué menos deplorable. Este varón, en efecto, fué verdaderamente único en todo; antes de su destierro era el primero en la paz y en la guerra; durante su destierro se engrandeció más, bien por las desgracias de la ciudad que, viéndose en manos de enemigos, imploró su pro-

tección, bien por su fortuna al no volver á su patria sino constituyendo la patria misma. Después de haber gozado durante veinticinco años que vivió todavía de una gloria que no era superior á su mérito, fué digno de que se le llamase segundo Rómulo, segundo fundador de Roma.

En este año y el siguiente, bajo el consulado de C. Sulpicio Petico y de C. Licinio Stolon, continuó la peste. No ocurrió nada notable, como no sea que para pedir paz á los dioses se celebró por tercera vez, después de la fundación de Roma, un lectisterno. Y como ni los remedios humanos ni la misericordia de los dioses podían calmar la violencia del mal, apoderóse de los ánimos la superstición, y entonces, entre otros medios para aplacar el enojo de los dioses, se imaginaron, según se cuenta, los juegos escénicos, que fueron una novedad para aquel pueblo guerrero, que hasta entonces solamente había tenido los del circo. Por lo demás, esta innovación (como todas al empezar) tuvo en sus comienzos muy poco aparato, y hasta se tomó del extranjero. Algunos barqueros, venidos de la Etruria, bailaban al sonido de una flauta, ejecutando, según el uso toscano, movimientos que no carecían de gracia, pero sin canto, versos ni gestos. Muy pronto comenzaron á imitarles los jóvenes romanos, lanzándose en rudos versos alegres bromas que acompañaban con gestos conformes con la voz. Una vez aceptada la costumbre, se repitió con frecuencia y agradó. Como en lengua toscana el batelero se llamaba *hister*, dióse el nombre de histriones á los actores romanos, que ya no lanzaban como antes aquellos versos que constituían bufonadas rudas y sin arte, que improvisaban alternativamente, sino que representaban sátiras melódicas, con canto regulado por las modulaciones de la flauta, siguiéndolo el gesto á compás. Algunos años después, Livio, que re-

nunciando á la sátira, se atrevió á elevarse á las composiciones dramáticas (y que, como todos los escritores de aquella época, representaba sus propias obras), llamado muchas veces y habiendo perdido la voz, dícese que consiguió permiso para colocar delante del flautista un joven esclavo que cantase por él, pudiendo entonces representar con más vigor y expresión no teniendo que atender á la propia voz. Desde entonces tuvo el histrion á sus órdenes al cantor, reservando su voz para la declamación. Desde que prevaleció este uso en las representaciones, desapareció la loca y ruidosa alegría de los jóvenes y poco á poco la diversión llegó á ser arte. Entonces abandonó la juventud el drama á los histriones, volvió á la costumbre de las antiguas bufonadas, mezcladas con versos y que más adelante con el nombre de *exodios* tomaron sus asuntos de las fábulas Atelanas. La juventud se apropió este género de diversión que había recibido de los oscos y no consintió que lo profanasen los histriones. De esto resulta comprobado que los autores de Atelanas no estaban excluidos de la tribu ni del servicio militar, por no considerárselos como verdaderos comediantes. He creído poder colocar entre los humildes principios de otras instituciones el origen de estos juegos, con objeto de demostrar cuán sano fué el principio de esta diversión, tan costosa hoy y á la que apenas bastan las riquezas de los reinos más opulentos.

Estos juegos, sin embargo que fueron en sus comienzos expiación religiosa, no despojaron ni los ánimos de sus religiosos terrores ni los cuerpos de sus padecimientos. Más aún: desbordado el Tíber, inundó un día el circo en medio de los juegos, que quedaron interrumpidos; y todos consideraron este contratiempo como prueba de la aversión y desprecio de los dioses por aquellos medios de aplacarlos, aumentando por tanto

los temores. En consecuencia de esto, bajo el consulado de Cn. Genucio y de L. Emilio Mamercino, elegidos ambos por segunda vez, inquietábanse más los ánimos por encontrar un remedio expiatorio, que los cuerpos por sus padecimientos. Dícese que al fin recordaron los ancianos que en otro tiempo un dictador, clavando el clavo, hizo cesar la peste. Entonces consideró el Senado como deber sagrado mandar que se nombrase un dictador con objeto de que clavase el clavo, y se nombró á L. Manlio Imperioso, quien nombró á L. Pinario jefe de los caballeros. Existe una ley antigua que dice en caracteres y lenguaje primitivos que el pretor supremo clava el clavo en los idus de Septiembre, y se fijó á la derecha en el templo de Júpiter Optimo Máximo, del lado del santuario de Minerva. En aquellos tiempos en que apenas se conocía la escritura, dícese que se empleaba el clavo para marcar los años, y la ley fué consagrada en el santuario de Minerva, porque Minerva inventó los números. Los volsinios designaban también el número de años por medio de clavos fijados en el templo de Nercia, diosa etrusca, según asegura Cincio, que tan bien estudió todos los monumentos de este género. En conformidad con la ley, el cónsul M. Horacio puso el clavo en el templo de Júpiter Optimo Máximo el año que siguió á la expulsión de los reyes; después la ejecución de esta ceremonia pasó de los cónsules á los dictadores, como revestidos de mayor autoridad. Andando los tiempos quedó abandonada esta costumbre; pero ahora se creyó que la situación merecía que se crease un dictador, y éste fué L. Manlio. Mas como había sido llamado para gobernar la república y no para ponerla en paz con los dioses, deseando hacer la guerra á los hérnicos, agitó á la juventud con rigurosos alistamientos, hasta que al fin, habiendo irritado contra él á todos los tribunos del pueblo, por fuerza ó por pudor, abdicó la dictadura.

En el año siguiente, bajo el consulado de Q. Servilio Ahala y L. Genucio, el tribuno del pueblo M. Pomponio demandó á Manlio. El rigor que había empleado en las levastigando no solamente con multas sino que también con penas corporales, ora azotando, ora llevando á las prisiones á los que no respondían al llamamiento, era odioso; pero lo era mucho más su carácter duro y su dictado de Imperioso, malsonante para una ciudad libre, que le movió á tal lujo de severidad que la ejercía indistintamente sobre los extraños, sus afines y hasta sobre los de su propia sangre. Entre otros delitos, el tribuno le acusaba de que su hijo, adolescente, que jamás había ofendido á nadie, había sido desterrado por él de la ciudad, del hogar, del seno de sus parientes, privado del foro, de la luz, de la compañía de sus amigos, condenado á trabajos serviles casi á lo más profundo de una prisión y de un calabozo de esclavos, donde este joven, de tan elevada alcurnia, este hijo de dictador, aprendía por diario suplicio que había nacido de un padre digno de su dictado. ¿Y cuál era su crimen? Que se expresaba con trabajo, que carecía de agilidad su lengua. Pero un padre, por poca humanidad que tuviese, ¿no debía corregir con la educación este vicio de la naturaleza en vez de castigarlo y revelarlo á los demás por medio de vejaciones? Ni los brutos dejan de alimentar y acariciar á sus hijos hasta cuando tienen algún defecto. Pero L. Manlio aumenta, á fe mía, á su hijo el mal con el mal, entorpece más su tardo espíritu, y si queda en el joven algo de vigor natural, lo extingue con esa vida salvaje, esas costumbres rudas, manteniéndole entre los rebaños.

Esta acusación irritó á todos menos al joven, quien, por el contrario, afligido de ser causa de odio y persecuciones contra su padre, y queriendo que los dioses y los hombres supiesen que acudía en socorro suyo y no

ayudaba á sus enemigos, en su rudo y salvaje ánimo concibió un proyecto que no estaba exento de peligro en una ciudad libre, pero que merece alabanza por el amor filial que le inspiró. Ignorándolo todos, con un cuchillo escondido llegó una mañana á la ciudad, y desde la puerta marchó directamente á la casa del tribuno M. Pomponio, donde dijo al portero: «Que necesitaba hablar en el acto á su amo, que es T. Manlio, hijo de Lucio.» Introducido en seguida (porque esperaban que irritado contra su padre traería nuevos cargos ó advertencias acerca de la marcha del asunto), hecho y devuelto el saludo, dijo: «Tengo que hablar al tribuno sin testigos.» Dada la orden, alejaronse todos, y sacando el cuchillo, manteniéndose sobre el lecho con el arma levantada, amenaza al tribuno con matarle en el acto si no jura en los términos que le dicte: «No convocar jamás á las asambleas del pueblo para acusar á su padre.» Asustase el tribuno porque el hierro brillaba ante sus ojos: enconstrábase solo, sin armas, y tenía delante un joven robusto, y lo que era muy de temer, teniendo bruta confianza en sus fuerzas. Repitió, pues, el juramento que le impuso, y más adelante declaró que á consecuencia de aquella violencia había desistido de la empresa. Y aunque el pueblo hubiese preferido que le dejasen la facultad de fallar acerca de la suerte de un acusado tan cruel y arrogante, sin embargo, no le disgustó lo que el hijo hizo por su padre, pareciéndole tanto más loable aquella acción, cuanto que toda la dureza paternal no había podido destruir su cariño de hijo. Así, pues, no contento con renunciar á perseguir al padre, quiso honrar al hijo; y como por primera vez en este año, se entregó á los votos la elección de los tribunos de legión (1).

(1) Los tribunos de las legiones, elegidos de esta manera por el pueblo, se distinguían con el nombre de *conciliati*, de los

(porque antes elegían los generales á los llamados *Rufali*), T. Manlio obtuvo la segunda de las seis plazas, sin haber merecido este favor por ningún título civil ó militar, habiendo pasado su juventud en los campos y fuera del trato de los hombres.

Dícese que en aquel mismo año un terremoto ó otra causa desconocida produjo un hundimiento del suelo en medio del Foro, abriendo profundísimo hoyo, hasta el punto que no pudo cegar aquel abismo la tierra que cada uno llevó según sus fuerzas. Por aviso de los dioses se comenzó á buscar lo que formaba la principal fuerza del pueblo romano, porque según los adivinos, esto era lo que se había de sacrificar allí, si se quería la perpetuidad de la república. Dícese que entonces, M. Curcio, joven que se había distinguido mucho en la guerra, se indignó al ver que se vacilaba como si el mayor bien de Roma no consistiese en el valor y las armas. Habiendo conseguido silencio, volvió á se hacia los templos de los dioses inmortales que dominaban el Foro, y levantando los ojos hacia el Capitolio, dirigiendo unas veces las manos hacia el cielo y otras hacia la tierra, declaró que á consecuencia de lo que nombraban directamente los cónsules. Según Festo, llamábase éstos *Rufali*, del nombre de Rutilio Rufo, autor del decreto que determinaba sus funciones. De aquí procedían también otras dos denominaciones, *Rutili* y *Rutuli*, con los que se los designó más adelante.

En el principio solamente había tres tribunos por legión; cuando estos cuerpos fueron más numerosos, se crearon cuatro; en los tiempos en que nos encontramos había seis, número de que no se pasó en lo sucesivo. Ahora bien: ordinariamente se levantaban cuatro legiones por año; necesitábanse por consiguiente veinticuatro tribunos. Vese, pues, que el pueblo solamente nombraba la cuarta parte: una ley de los tribunos Atilio y Marcio les dió las dos terceras partes en el año 443, y cuando se elevó á ocho el número de las legiones, un decreto del Senado distribuyó por mitad los nombramientos entre el pueblo y los cónsules.

otras hacia la entreabierto tierra, se sacrificó á los dioses manes, montando en seguida en un caballo lo más ricamente enjaezado que pudo, lanzóse completamente armado en el abismo, donde multitud de hombres y mujeres derramaron sobre él montones de frutos y ofrendas expiatorias. De éste y no de Curcio Meto, el antiguo soldado de T. Tacio, tomó su nombre el lago Curcio. No hubiese omitido trabajo, si algún camino pudiese llevar á la verdad; pero hoy es necesario atenerse á la tradición, puesto que la antigüedad del hecho no permite comprobar su autenticidad, y además la fábula más moderna de éstas da mayor brillo al nombre del lago. Después de la expiación de aquel gran prodigio, en el mismo año se ocupó de los hérnicos el Senado, á los que había mandado sin éxito á los faciales (1) á pedir explicaciones; decidió desde el primer día proponer al pueblo declarar la guerra á esta nación, y el pueblo en asamblea general ordenó la guerra. Tocó por suerte el mando al cónsul L. Genucio, y la ciudad estaba en expectación, porque era el primer cónsul plebeyo que dirigía una guerra bajo sus auspicios personales, y el resultado debía justificar ó reprobar la admisión del pueblo á los honores. Quiso el destino que Genucio, marchando precipitadamente contra el enemigo cayese en una emboscada; sorprendidas y atacadas las legiones, se dispersaron, y el enemigo rodeó al cónsul,

(1) Llamábanse así del verbo *facere*, hacer; porque tenían el derecho de hacer la paz y la guerra. Aulo Gelio cita de Cincio Alimento una fórmula de declaración de guerra. El facial, arrojando un dardo al territorio enemigo, decía: "Porque el pueblo hermündulo y los hombres del pueblo hermündulo han hecho guerra á injuria al pueblo romano, y el pueblo romano ha ordenado la guerra contra el pueblo hermündulo y los hombres hermündulos; por esta causa, yo y el pueblo romano, al pueblo hermündulo y á los hombres hermündulos, declaro y hago la guerra."

á quien mató sin conocerle. Cuando llegó á Roma la noticia, los patricios, menos afligidos por el desastre que contentos por la desgracia de la expedición del cónsul plebeyo, repetían en todas partes desdeñosamente: «Id, nombrad cónsules plebeyos! Trasmited los auspicios á los profanos! Se ha podido despojar á los patricios de sus dignidades por un plebiscito, pero esa ley contra los auspicios ¿tiene valor también contra los dioses inmortales? Ellos han vengado su divinidad, sus auspicios; apenas los han visto en manos de un hombre que no tenía facultad ni derecho para tocarlos, el ejército ha perecido con su jefe: este ejemplo servirá de lección á cuantos en adelante quieran confundir en los comicios los derechos de las familias.» Esto era lo que incesantemente se oía en la Curia y en el Foro. Ap. Claudio, que había rechazado la ley, acusaba ahora, con más autoridad que antes, el resultado de una disposición que él rechazó. El cónsul Servilio, con el consentimiento de los patricios, le nombró dictador y dispuso una leva y la suspensión de negocios (*Justitium*).

Antes de que el dictador y las nuevas legiones llegasen en presencia de los hérnicos, el legado C. Sulpicio había tenido tiempo de operar con éxito contra ellos. Después de la muerte del cónsul, los hérnicos habían avanzado atrevidamente contra el campamento romano seguros de tomarlo; pero animados por el legado los soldados que estaban dominados por la indignación, hicieron una salida, y los hérnicos tuvieron que renunciar á la esperanza de acercarse á las empalizadas, quedando derrotados y teniendo que retirarse en desorden. A la llegada del dictador, el nuevo ejército se reunió al anterior, duplicándose las fuerzas; reúne las tropas, delante de ellas colma de alabanzas al legado y á los soldados por su valor, que había impedido la pérdida del campamento, y con estas alabanzas, honrando á los que lo

merecían, inspira á los demás noble emulación. El enemigo por su parte se prepara con no menos ardor á la pelea; recuerda su primer triunfo, y no ignorando que los romanos han aumentado sus fuerzas, aumenta también las suyas. Todos los que llevan el nombre hérnico, todos los que tienen la edad militar, reciben armas; alistanse ocho cohortes, de cuatrocientos hombres cada una, formando temible cuerpo. A esta flor de la juventud se le asigna por un decreto doble paga, y esto aumenta su valor. Exceptúaseles también de los trabajos militares, con objeto de que, reservados exclusivamente para el combate, comprendan que deben más que los otros en esfuerzos y valor. Una llanura de dos millas separaba el campamento romano de los hérnicos, y allí á casi igual distancia de los dos campamentos, se libró el combate. Al principio estuvo dudosa la victoria; en vano habían tratado varias veces los jinetes romanos de romper la línea enemiga, y viendo que el resultado de aquella lucha no respondía á sus esfuerzos, consultan al dictador, y con su permiso dejan los caballos en seguida, lanzando formidable grito, corren delante de las enseñas y comienzan de nuevo el combate. El enemigo no habría podido resistir el choque si las cohortes extraordinarias no hubiesen opuesto igual resistencia corporal é igual valor.

Entonces se trabó el combate entre los más valientes de los dos pueblos. Las pérdidas de una y otra parte, cualquiera que sea el número de los que caen arrastrados por la suerte común de la guerra, se acrecientan con la cualidad de los muertos: los demás soldados habían, por decirlo así, delegado el combate en aquellos valientes y entregado sus destinos á sus esfuerzos. Muchos murieron de uno y otro lado y muchos más quedaron heridos. Al fin los desmontados jinetes se excitan mutuamente preguntándose: «¿Qué esperan? A caballo no

han podido rechazar al enemigo, á pie no pueden tampoco. ¿Qué tercera especie de combate quieren? ¿De qué sirve que se hayan arrojado valerosamente delante de las enseñas y que batallen en lugar de los otros? Animándose con estas palabras y arrojando nuevo grito, se lanzan adelante, comenzando por hacer perder terreno al enemigo, y después de obligarle á retroceder, le ponen en completa derrota. No es fácil decir qué fué lo que entre fuerzas tan iguales decidió la victoria, á menos que la constante fortuna de los dos pueblos aumentase las fuerzas del uno y disminuyese las del otro. Los romanos persiguieron hasta su campamento á los hérnicos fugitivos, pero como era tarde aplazaron el asalto. Los sacrificios, muchas veces repetidos sin éxito, habían impedido al dictador dar la señal antes de mediodía, y el combate se había prolongado por esta razón hasta la noche. A la mañana siguiente encontrése desierto el campamento de los hérnicos, que habían desaparecido dejando solamente algunos heridos abandonados. Los habitantes de Signia, bajo cuyos muros pasó, vieron el grupo poco numeroso de los fugitivos, y los dispersaron y mataron en los campos. Esta victoria fué eruenta para los romanos, que perdieron la cuarta parte del ejército, y lo que no fué el menor daño, sucumbieron muchos caballeros.

Al año siguiente, habiendo los cónsules C. Sulpicio y C. Licinio Calvo llevado el ejército contra los hérnicos, y no encontrándolos en campaña, se apoderaron de una ciudad de este pueblo, llamada Ferentino, por lo que, á su regreso, les cerró Tibur sus puertas. Este motivo añadiéndose á otros muchos, y después de tantas quejas como mediaban entre los dos pueblos, decidió á Roma á mandar que los faéciales pidiesen explicaciones á los tiburtinos y á declararles la guerra. Parece cierto que este año fué dictador, T. Quincio Penuo y Ser. Cor-

nelio Maluginense, jefe de los caballeros. Según Macer Licinio, solamente para celebrar los comicios eligió este dictador el cónsul Licinio, quien viendo que su colega, en vez de ocuparse de la guerra, apresuraba la celebración de los comicios para mantenerse en el consulado, quiso burlar aquella culpable ambición. Pero alabando á un individuo de su propia familia, Licinio quita valor á su testimonio, y como no encuentro mención de este hecho en nuestros anales más antiguos, me inclino á creer que la guerra de los galos fué la única causa de la elección de dictador. Es cosa cierta que en este año acamparon los galos á tres millas de Roma, sobre la vía Salaria, al otro lado del puente del Anio. Habiendo el dictador proclamado la vacación de negocios á la llegada de los galos, llamó al juramento á toda la juventud, salió de la ciudad con numeroso ejército, y estableció su campamento en la orilla citerior del río. El puente separaba los dos ejércitos y ninguno se atrevía á cortarle porque no se creyese señal de miedo. Con frecuentes combates se disputaban su posesión, pero como peleaban fuerzas casi iguales, era difícil prever quién vencería. Entonces un galo, de imponente corpulencia avanzó solo sobre el puente, y hablando con toda la fuerza de su voz, dijo: «Que el más valiente de los romanos venga aquí á pelear conmigo, y el resultado del combate demostrará cuál de los dos pueblos vale más en la guerra.»

Profundo silencio reinó entre los más distinguidos de la juventud romana: todos temen rehusar el combate, pero ninguno quería ser el primero en correr eventualidad tan peligrosa. Al fin T. Manlio, hijo de L., que libró á su padre de la persecución del tribuno, salió de su puesto, y acercándose al dictador, le dijo: «Imperador, sin tu permiso nunca pelearía fuera de las filas, aun que viese cierta la victoria. Si lo permites, deseo

demostrar á esa fiera que se presenta arrogante delante de las enseñas enemigas que descendiendo de aquella familia que derribó de la roca Tarpeya un ejército de galos.» El dictador le contestó: «Valor, T. Manlio; ten por la patria tanta abnegación como por tu padre. Ve y muestra con el auxilio de los dioses que el nombre romano es invencible.» Los amigos del joven le ayudan á armarse; coge un escudo de infantería y se ciñe una espada española, mejor que todas para combatir de cerca. En cuanto se encuentra equipado y armado, llévanle delante del galo, quien en su estólida alegría (circunstancia que los antiguos creyeron digna de mención), sacaba la lengua por burla. En seguida vuelven á su puesto, dejando frente á frente á los dos adversarios, que más parece se dan en espectáculo, que estar allí por la ley de la guerra, y que, á juzgar por la vista y según las apariencias, no son iguales en fuerzas. Aparece el uno de corpulencia notable, vestido con ropas de mil colores y con armas pintadas y cinceladas con oro que las hacen brillar; el otro tiene la estatura ordinaria del soldado, y sus armas, más cómodas que bellas, tienen modesto brillo; no canta, no salta, no agita sus armas con arrogancia; pero su ánimo valeroso, excitado por muda cólera, guarda todo su esfuerzo para el combate. Cuando se encuentran frente á frente entre los dos ejércitos, rodeados de tantos hombres, cuyos corazones palpitan entre la esperanza y el temor, el galo, como masa que todo va á aplastarlo, presenta el escudo con el brazo izquierdo, y con el filo de su espada hiere ruidosa, pero inútilmente, las armas de su enemigo que avanza. El romano, con la espada alta y derecha, comienza por herir con su escudo la parte inferior del otro escudo, penetra completamente bajo esta defensa que le preservaba de las heridas, se desliza entre el cuerpo y el escudo del enemigo y le clava dos veces la espada en el vientre

y en la ingle y le derriba al suelo, del que cubre largo espacio. Habiéndole muerto, no injuria al cadáver; limitándose á quitarle el collar, colocándose lleno de sangre. Sorprendidos y asustados los galos, quedan inmóviles; pero los romanos lánzase alegres de sus puestos al encuentro de su compañero, le alaban, le felicitan y le llevan al dictador. En medio de sus ingenuas canciones y de los chistes de su alegría militar, oyóse el dictado de Torcuato, sobrenombre que se aceptó después, llegando á ser título honorífico de la familia del vencedor. El dictador añadió el don de una corona de oro, y celebró con grandes elogios el honor de aquel combate.

Y, á fe mía, tal fué su efecto en el resultado de toda la guerra, que desde la noche siguiente, el ejército galo, abandonando el campo apresuradamente, se retiró á la comarca de Tibur; y desde allí, después de hacer alianza de guerra con los tiburtinos, que los socorrieron generosamente con víveres, pasó á la Campania. Por esta razón, al año siguiente, mientras el cónsul M. Fabio Ambusto dirigía, designado por la suerte, la campaña contra los hérnicos, su colega C. Petelio Balbo llevó, por orden del pueblo, un ejército contra los tiburtinos. Acuden los galos desde la Campania en socorro de sus aliados, y devastaciones espantosas, aconsejadas sin duda alguna por los tiburtinos, destruyen los territorios de Lavico, de Túsculum y de Alba. De no tener otros enemigos que los tiburtinos, un cónsul habría bastado á la república; pero la invasión de los galos obligó á crear un dictador, siéndolo L. Servilio Ahala, que nombró jefe de los caballeros á T. Quincio, y que con la aprobación del Senado hizo voto, si el resultado de la guerra era favorable, de celebrar grandes juegos. Para encerrar á los tiburtinos en su propia guerra, el dictador mandó al cónsul que permaneciese donde esta-

ba con su ejército; en seguida llamó al juramento á toda la juventud y ninguno se negó al servicio. Combatióse cerca de la puerta Colina, con todas las fuerzas de la ciudad, á la vista de los padres, de las esposas y de los hijos, y los que hasta de lejos son poderosos incentivos para el valor, presentes y visibles aquel día, hablaban elocuentemente al orgullo y al afecto del soldado. Después de extraordinaria matanza de una y otra parte, los galos volvieron al fin la espalda y huyeron á Tibur, que era como la fortaleza de aquella guerra gala; pero en su desorden, sorprendidos cerca de Tibur por el cónsul Petelio, fueron arrollados casi hasta las murallas de la ciudad, con los tiburtinos que habían salido para prestarles socorro. Esta guerra estuvo perfectamente dirigida, sea por el dictador ó por el cónsul. Por su parte, el otro cónsul, Fabio, después de algunos ligeros triunfos sobre los hérnicos, acabó por vencerles completamente en una sola y memorable batalla, en la que el enemigo le atacó con todas sus fuerzas. El dictador, después de colmar á los cónsules de alabanzas ante el Senado y el pueblo, y hasta atribuyéndoles una parte de su gloria, abdicó la dictadura. Petelio triunfó dos veces de los galos y de los tiburtinos. En cuanto á Fabio creyóse que era bastante concederle la ovación. Los tiburtinos se burlaron del triunfo de Petelio: «¿Dónde les había dado batalla? Algunos habitantes que habían salido de la ciudad para presenciar el terror y la fuga de los galos, viendo que los romanos cerraban también contra ellos y destruían sin distinción á cuantos encontraban á su alcance, se habían refugiado en sus murallas. ¡Y esto era para los romanos hazaña digna del triunfo! No debían glorificarse tanto por haber llevado la alarma á las puertas del enemigo; muy pronto tendrían espanto mayor al pie de sus muros.»

Así, pues, al año siguiente, bajo los cónsules M. Póquilio Lenas y Cn. Manlio, en el momento en que comenzaba á quedar silenciosa la noche, un ejército enemigo, que había partido de Tibur, llegó delante de Roma. Bruscamente arrancados del sueño, asústanse los romanos ante aquel repentino ataque y alarma nocturna; además, considerable número ignoraba quién era aquel enemigo y de dónde venía. Sin embargo, gritase á las armas, pónense nuevas guardias en las puertas y se refuerzan las murallas. Pero cuando la luz naciente dejó ver débil tropa delante de los parapetos, y ni más enemigos que los tiburtinos, saliendo los dos cónsules por las dos puertas, atacan á la vez aquel ejército que se disponía ya á dar el asalto, y fácil fué ver entonces que había contado más con la ocasión que con su valor: tanto trabajo le costó resistir el primer choque de los romanos. Indudablemente aquella invasión fué muy afortunada para los romanos, porque iba á estallar una disensión entre los patricios y el pueblo, y el terror de aquella guerra tan repentina la ahogó. A esta guerra siguió otra, en la que la invasión del enemigo fué más terrible para la campiña que para la ciudad. Los tarquinios invadieron el territorio de Roma y lo devastaron, principalmente por el lado que linda con la Etruria. Como los habían pedido reparación sin obtenerla, los nuevos cónsules C. Fabio y C. Plaucio, por orden del pueblo los declararon la guerra. Tocó la campaña á Fabio, y á Plaucio la de los hérnicos. Al mismo tiempo aumentaba de día en día el rumor de una invasión gala. Pero en medio de tantas alarmas, tuvo Roma la satisfacción de conceder á los latinos la paz que pedían. Según los términos de un tratado antiguo, que durante largos años no había tenido efecto, recibiéronse de ellos numerosas tropas; sócorro que robusteció el poder romano y le hizo soportar con mejor ánimo la noticia de

la llegada de los galos á Preneste y su detención después cerca de Pedum. Nombróse dictador á C. Sulpicio, llamándose al cónsul C. Plaucio para esta elección, dándose al dictador un jefe de los caballeros en M. Valerio. Estos jefes, al frente de los soldados más valientes, elegidos en los dos ejércitos consulares, marcharon contra los galos. La guerra marchó con más lentitud de lo que querían unos y otros; al principio los galos solos deseaban el combate; pero muy pronto el soldado romano excedió en ardor á los galos pidiendo pelear. Viendo el dictador que nada apremiaba, rehusaba aventurarse contra un enemigo que el tiempo debía debilitar diariamente en aquella tierra extraña, donde no podía permanecer sin acopio de víveres y sin fortificaciones robustas; consideraba además que en aquel pueblo los ánimos y los cuerpos, cuya fuerza estaba en el primer impulso, debían enervarse con la dilación. Por estas razones llevaba lentamente la guerra, y había amenazado con severo castigo á quien combatiere sin orden suya. Descontentos los soldados por aquella prohibición, murmuraban en los puestos y las guardias, censurando al dictador, y á veces hasta atacando á todo el Senado porque no había encargado á cónsules la dirección de aquella guerra: «Han elegido un magnífico general, un jefe sin igual, que cree basta permanecer tranquilo y que la victoria le va á caer del cielo.» Estas palabras y otras más atrevidas aún se repitieron muy pronto públicamente; «ó combatirían á pesar del general y regresarían formados á Roma.» No tardaron los centuriones en unirse á los soldados; ya no se murmuraba solamente en algunos grupos aislados, mil conversaciones iguales se confunden en el pretorio, delante de la tienda del dictador; la multitud crece á cada instante como en solemne asamblea, y por todos lados se grita: «Es necesario acudir al instante al dictador,

y Sex. Tulio hablará por el ejército en forma digna de su valor. Por séptima vez era Tulio primipilario (jefe del primer manipulo), y no había en el ejército, al menos entre los que habían servido en la infantería, ninguno más célebre por sus hazañas. Seguido de un grupo de soldados marchó al tribunal; y como Sulpicio se admirase al ver aquella gente sediciosa, y sobre todo, verla capitaneada por Tulio, soldado sumiso á la disciplina: «Dictador, le dijo; el ejército entero, persuadido de que le condenas como cobarde, y que para castigarle con la vergüenza le mantienes desarmado, me ha rogado le defienda en tu presencia. Sin duda, aunque se nos hubiese de censurar el abandono de nuestro puesto, ó haber vuelto la espalda al enemigo, ó la cobarde pérdida de nuestras enseñas, creo que podríamos conseguir de ti en justicia permiso para reparar nuestra falta por el valor, y borrar con nuevos triunfos el recuerdo del baldón. Las mismas legiones que fueron derrotadas en el Alia y que perdieron la patria por su terror, saliendo muy pronto de Ve-tyas, supieron reconquistarla con su brío; y nosotros, gracias á la bondad de los dioses, á tu fortuna y á la del pueblo romano, hemos conservado intactas la república y nuestra gloria. Mas apenas me atrevo á hablar de gloria, cuando permanecemos ocultos como mujeres detrás de parapetos, insultados y ultrajados de todas maneras por el enemigo; y cuando tú, nuestro general, lo que es más triste para nosotros, crees á tu ejército sin valor, sin armas, sin brazos, y que hasta antes de probarnos desesperas de nosotros, como si creyeras mandar soldados mancos y débiles: ¿cómo si no, un jefe veterano, fortísimo en la guerra, permanecería sentado ahí, con los brazos cruzados, como decirse suele? Sea como quiera, es demasiado cierto que pareces dudar de nuestro valor más que nosotros del tuyo. Pero si no

obras así por ti mismo, sino por inspiración de los que gobiernan; si alguna maquinación de los patricios y no la guerra de los galos es lo que nos tiene alejados de la ciudad y de nuestros penates, ruego consideres lo que voy á decirte, no como el lenguaje del soldado al general, sino del pueblo á los patricios; del pueblo, que declara por mi boca que tendrá sus propósitos, como vosotros los tenéis. ¿Y quién verá mal que seamos soldados y no vuestros esclavos, enviados á la guerra y no al destierro, dispuestos, si se nos da la señal, si se nos lleva al enemigo, á combatir como hombres, como romanos; pero más dispuestos, si no son necesarias nuestras armas, á pasar nuestros ocios en la ciudad y no en un campamento? Esto es lo que decimos á los patricios. A ti, nuestro general, te rogamos como soldados tuyos que nos permitas al fin combatir. Si deseamos vencer, es por vencer bajo tus órdenes, por conseguírte insigne laurel, por entrar contigo triunfante en la ciudad y seguir tu carro al templo de Júpiter Optimo Máximo, glorificándote y dándote gracias.» Al discurso de Tulio siguieron los ruegos de la multitud, y por todas partes gritaban al dictador que diese la señal y mandase empuñar las armas.

Comprendía el dictador que aquella conducta no daba buen ejemplo, aunque era laudable en sí misma; sin embargo, prometió hacer lo que pedían los soldados. En seguida preguntó secretamente á Tulio qué significaba aquella manera de obrar; suplicándole encarecidamente Tulio «creyese que no había olvidado la disciplina militar, ni lo que es, ni lo que debe á la majestad del mando; añade que ordinariamente una multitud sublevada se conduce como los que la dirigen, y que ha consentido capitanearla por temor de que lo hiciese algún hombre de esos que acostumbra á tomar por jefes las tropas sublevadas; porque en cuanto á él, jamás